

venza en fe y en valor aquel rudo soldado? ¿Persistiréis en llamar al Hombre-Dios que se os enseñó á venerar desde la cuna, mero filósofo, puro sabio, mártir sublime, pero no *Hijo de Dios*?

¡Cristianos! Agrupaos con más fervor que nunca á recoger la última palabra y el postrimer suspiro de vuestro padre moribundo. ¡Cuán diferente es su agonía de las que estáis acostumbrados á presenciar! No hay esos espasmos, ni esas ansias, ni ese anhelo por aspirar más y más aire, ni esa lucha por asirse á la vida que se escapa á despecho del paciente. Le pesa, sí, á la alma benditísima de Jesús, el separarse, aunque por breve tiempo, de ese cuerpo sagrado que por treinta y tres años ha sido su fiel compañero, y tan bien le ha ayudado á cumplir con su altísima misión. ¿Cómo no sentir esta violenta partida? Si pesa aun al más desdichado de los hombres el dejar un cuerpo miserable, depósito de podredumbre, causa de mil dolores, y por añadidura rebelde á las buenas inspiraciones, enemigo de aquella á quien debiera ayudar y obstáculo para las buenas obras, ¿cuánto más fuerte no será el dolor de Jesús al separarse de la carne formada en las purísimas entrañas de María, de esa carne preciosa, limpia é inmaculada, y que jamás dió las menores señales de rebeldía, divina como era desde que la unión hipostática la adhirió íntimamente con el Verbo increado? Este dolor lo manifiesta Jesús con el grito que lanza; al mismo tiempo que las palabras que profiere revelan y nos enseñan resignación, obediencia, humildad.

¡Oh Padre! (dice) en tus manos encomiendo mi espíritu. ¡Oh Padre, Padre amoroso, que más de una vez me

has proclamado tu Hijo querido en quien pones todas tus complacencias; á tí, como principio no sólo de mi divinidad, sino de todo mi sér como verdadero hombre, devuelvo ese espíritu que tú me diste, *ut spiritus redeat ad illum, qui dedit eum* (Ecc. XII). En esas tus divinas manos que crearon al mundo, y lo sostienen, y lo vivifican, en esas manos deposito mi alma inocente como en el único lugar que le conviene. En tus manos la pongo para que la reserves hasta el tercero día, en que, según las Escrituras, se ha de unir de nuevo al cuerpo que en este momento abandona. ¡Oh Padre! Acógela benigno, recíbela con el amor y dulzura con que siempre has mirado á tu Hijo Unigénito. *Oh Pater, in manus tuas commendo spiritum meum.*

Pero ¿qué necesidad tiene el Verbo, igual al Padre, eterno como Él y omnipotente, qué necesidad tiene de recomendarle su espíritu? El alma de Cristo, desde el instante en que fué creada unida hipostáticamente á la segunda persona de la Trinidad sacrosanta, gozaba de la visión beatífica, que no ha perdido, por cierto, en los momentos de consumir la Redención. ¿Por qué, pues, recomendarla al Padre, cual si fuera la del más desdichado de los nacidos? San Atanasio¹ satisface cumplidamente á semejante duda. No es su espíritu solo el que encomienda, sino todas nuestras almas, unidas de tal modo á la de nuestra Cabeza, que no forman sino un espíritu. Todas las depone á las plantas del Eterno Padre, todas las recomienda á su amoroso cuidado. Todos los hombres no somos sino miembros de su santa humani-

¹ Contra Arianos.

dad, que es la Iglesia que fundó con su sangre. *Membra illius sumus, et multa ista membra unum corpus sunt, quod est ipsa Ecclesia.* ¡Oh caridad maravillosa de Cristo! (exclama San Bernardo). Toda alma que haya de salvarse la considera alma suya propia, y óra por ella y la encomienda á su Padre celeste. Óra en la cruz la Cabeza, no por sí sola, sino por todos los miembros á ella adheridos y que no son sino un solo espíritu y una alma sola. Al hablar de la suya propia, recomienda al Eterno Padre todas las almas de los fieles á él adheridas, y que en la vehemencia de su amor no distingue de la que hipostáticamente se unió á la divinidad sacrosanta.

Aprendamos, cristianos, á orar siempre, á orar sin cesar, *sine intermissione orate*, y á prepararnos para la muerte con ardientes plegarias y lágrimas de penitencia. Si Cristo, el Santo, el Justo por excelencia, el Inocente, se preparó al tremendo trance, recitando parte en voz baja, parte con gran clamor, los Salmos de David; si con tiempo encomendó su alma al Eterno Padre, ¿con cuánta más razón no deberemos hacerlo los pobres pecadores? ¿Quién se creará tan justo que no necesite de oraciones, cuando el Hijo de Dios nos ha dado el ejemplo tan manifiesto? ¡Oh palabra divina, revelada en las Sagradas Escrituras! ¡Qué sabroso alimento eres para el alma atribulada! Siete veces al día, á semejanza de David, repetimos los sacerdotes las alabanzas del Señor, tal como se contienen en los Libros Santos, *septies in die laudem dixi Domino*. Siete veces al día orad vosotros, oh fieles, y veréis, apenas lo gustareis, qué manjar tan sabroso es la conversación con el Señor. Sobre todo, cuando ya la muerte se acerque, ni los dolores de la enfermedad, ni

el miedo del forzoso tránsito os impidan prepararos con la oración y la penitencia. Imitad á Jesús, grande y generoso, bueno y santo, aun en medio de los tormentos que lo aquejaban. Nada le importan sus vestiduras, únicos bienes que poseía en la tierra. Deja que se las dividan los soldados, y los ve tranquilo echar suertes sobre su túnica sin costura. Pero no olvida á sus verdugos, y les da su perdón como preciosísimo legado. No olvida á su bendita Madre, y la encomienda á su amado discípulo. No olvida á Juan, y en él se acuerda de todos nosotros, y nos lega una madre ¡qué madre! que le ayudará á Él á abrirnos las puertas de la gloria. Piensa en sus compañeros de suplicio, y al que está dispuesto le dona el paraíso. Cumplida esta tarea, mientras la sangre que aún le resta va cayendo gota á gota sobre las rocas, sus oraciones se elevan una á una al trono del Todopoderoso, á quien por último encomienda su propio espíritu.

¿Qué resta ya que hacer al Verbo humanado? Es tiempo de espirar. Es tiempo de abrir las puertas del cielo; ha llegado la hora de romper las cadenas con que el pecado atara al género humano. ¡Ángeles del Señor! acudid. Dejad vuestros tronos de gloria y agrupaos silenciosos en derredor de ese patíbulo. Ese ajusticiado es vuestro Creador, es vuestro Soberano, es vuestro Señor. Plegad vuestras alas, oh serafines, y arrodillaos temblando ante esa cruz: vuestro Dios va á morir.

Miradlo, cristianos. Ved cómo se compone dulcemente sobre el duro lecho que por nuestro amor ha escogido. No muere primero y baja después la cabeza, sino que antes de espirar inclina la frente, cuando le place, y se coloca en la postura en que desea que permanezca su

sagrado cadáver, *et inclinato capite, emisit spiritum*. Fijad bien vuestros ojos en ese rostro que se inclina. ¡Silencio! Ya manda á su alma bendita que salga del cuerpo divino. . . . ¡Mortales, de rodillas! . . . Ya Cristo espiró.

CONCLUSIÓN.

Sal, alma preciosa de Cristo, sal de este mundo que siendo tuyo no te conoció, que no es digno de tí, y que no se cansa de maltratar el cuerpo sagrado á que estuviste unida, aun ahora que insensible y exánime después de tu partida ya no puede prestar alimento á la saña de los verdugos. Vuela, alma de Cristo, á esas regiones inferiores donde hace tantos siglos te aguarda el primer Hombre que remachó para toda su descendencia las cadenas que vas á romper. Vuela á dar á Abel el premio de su inocencia, á Abraham el galardón de su ciega obediencia, á Isaac la recompensa debida á su sacrificio. Vuela, que ya te aguarda Jacob, con su numerosa descendencia; vuela, que ya José ansía por recibir el premio ofrecido á su constancia y su fortaleza; vuela, que ya el Rey David, lavado con la penitencia, anhela por recibirte en sus brazos.

Entretanto que el alma de Cristo consuela en el Limbo á los Patriarcas y á los Profetas, echemos nosotros una última ojeada al Monte Calvario, antes de despedirnos de la cruz y del cuerpo exánime del Redentor. Inesperado terremoto viene á añadir al espanto causado por las tinieblas: pártense las rocas; pero lo que es más asombroso es que se abren los sepulcros, y rompiendo sus ligaduras los cadáveres que hace años duermen bajo de tierra, abandonan su lecho mortuorio, y animados por el espíritu que los había dejado, al parecer, para siempre, tornan á la vida y se aparecen á muchos. No es extraño que si la tierra tiembla, se estremezcan igualmente los circunstantes. No es maravilla, que además del Centurión, muchos de los que han presenciado la muerte de Cristo, y los milagros que la acompañan y siguen, bajen arrepentidos de sus culpas, hiriéndose el pecho, y clamando á gritos: en verdad que el que hemos crucificado como delincuente, era el Hijo de Dios. Lo que es verdaderamente portentoso, lo que excede á cuanto la razón humana puede comprender, es que no hayan faltado pecadores impenitentes y obstinados, que á pesar de tantos prodigios, permanecieran impasibles en derredor de la Cruz. ¡Corazones más duros que las rocas! Éstas se abrieron, éstas lloraron al Redentor, éstas lo confesaron tronando con estrepitoso fragor. Aquellos, duros, insensibles, impenetrables aun al rayo, cierran los ojos para no ver; sienten y rechazan el testimonio de sus sentidos; palpan, y niegan á despecho de la evidencia.

¡Ay! ¿No seremos nosotros de este número? ¿No volveremos del Calvario con los mismos sentimientos que cuando subimos á su cumbre, amantes del mundo, ene-

migos de Cristo, esclavos de los placeres, secuaces de Satanás? Hijos míos: si hubiere alguno á quien no hayan hecho impresión las dolorosas escenas que por tres horas os he mostrado; si hubiere alguno que después de haber oído á Cristo proferir las siete divinas palabras que os he explicado, cierre todavía á la gracia los oídos y el corazón, inútil sería que siguiera yo dirigiéndole más y más exhortaciones. Quien á Cristo desoye, ¿escuchará, por ventura, á un débil mortal?

Vosotras, almas cristianas, que con fe sencilla y tierna piedad os habéis congregado al pie de la cruz y habéis acompañado durante tres horas á Nuestro adorable Redentor en su larga agonía, descansad, que ya es tiempo. Descansad para volver esta noche á acompañar á María en su amarga soledad, y consolarla del abandono en que la dejan muchos de sus hijos.

